

La actualidad del debate tucidídeo

César FORNIS

Universidad Complutense de Madrid

Hace cinco años Lisa Kallet-Marx, en la introducción de su celebrado libro *Money, Expense and Naval Power in Thucydides 1-5.24* (Berkeley 1993), señalaba el placer y la recompensa que se obtiene siempre que se vuelve a trabajar sobre el texto tucidídeo (pág. xi). Es una opinión que comparto plenamente, como también debe de hacerlo George Cawkwell, que después de medio siglo de investigación en el campo de la Grecia clásica nos ofrece ahora una obra (*Thucydides and the Peloponnesian War*, Londres-Nueva York, Routledge, 1997, 162 págs.), sobre la que propongo una reflexión crítica desde estas páginas, que tiene como nudo central poner a prueba la validez del testimonio de Tucídides para los sucesos que relata y los personajes que presenta, un nuevo desafío al *dictum* de A. Powell: «es por ser tan respetado por lo que la crítica hacia el trabajo de Tucídides continúa» (*Athens and Sparta*, Londres 1988, pág. 137). El libro de Cawkwell es, por tanto, una prueba más de la actualidad del debate en torno a la trascendencia y vigencia de la obra del historiador ático, debate que cuenta ya con dos siglos de existencia, pero que, lejos de agotarse, se acrecienta; para ceñirme a esta década y a título de ejemplo señalemos que en 1997 se ha celebrado en Grecia el II Congreso Internacional sobre Tucídides y que en 1991 y 1996 vieron la luz los dos primeros volúmenes del *A Commentary on Thucydides* (Oxford), de S. Hornblower, emprendido como revisión, nunca sustitución, del todavía fundamental trabajo de A. Gomme, A. Andrewes y K.J. Dover (*A Historical Commentary on Thucydides*, vols. I-V, Oxford 1945-1981). Por ahora la *acribia* de Tucídides resiste los embates de los nuevos hallazgos arqueológicos y no deja de suscitar el interés de la historiografía moderna.

Aunque el interés previo de Cawkwell por este tema ya se había concretado en dos importantes artículos concernientes a la estrategia periclea (*YCIS* 24, 1975, 53-70) y al declive espartano (*CQ* 33, 1983, 385-400), la labor esencial de este autor se ha centrado en la Grecia del siglo IV, especialmente en el período de vigencia de la segunda liga ateniense, lo que se pone de manifiesto en el libro que nos ocupa en las constantes analogías y referencias a esta centuria (es más, el capítulo 6, sobre la popularidad del imperio ateniense, descansa en gran medida sobre la evidencia para el segundo imperio). Asimismo, el autor neozelandés hace uso con profusión de las notas para extenderse en aspectos que no tienen entrada en el texto principal: la enemistad argivo-espartana, el *excursus* de Tucídides sobre la Pentecontencia, los tres tratados entre Esparta y el Gran Rey, el valor del decreto de Calcis para el estudio de la administración judicial en el imperio ateniense... Una objeción inicial es que la bibliografía recoge únicamente títulos en inglés, sin pretensiones de exhaustividad, y algunos artículos en francés, algo apenas justificable «por motivos de accesibilidad para la mayoría de los lectores» (pág. vii) y que sin duda hace que se resienta la permanente discusión entablada a lo largo de toda la obra.

El libro se abre, como no podía ser menos, con un capítulo consagrado a Tucídides, donde Cawkwell trata de iluminar viejos y controvertidos temas como sus opiniones políticas y religiosas, difíciles de dilucidar en un historiador poco dado a pecar de apologeta, detractor o tendencioso. Empezando por el segundo ámbito, se ha acusado a Tucídides de prestar escasa atención a la religión y a la adivinación (últimamente S. Hornblower, en *HSCP* 94, 1992, 169-197), preocupado siempre por el poder y sus formas de manifestación, frente a otros autores que, más acertadamente, han destacado el interés del historiador hacia estas expresiones de la conducta humana (p. ej. B. Jordan, en *TAPhA* 116, 1986, 119-147 o N. Marinatos, en *Thucydides and Religion*, Meisenheim-Glan 1981). Para Cawkwell los testimonios conducen a pensar que, tanto en relación a formas de religión «oficial» como a otros fenómenos escatológicos, Tucídides mostró una actitud cuando menos excéptica, próxima al ateísmo, de forma que se alinea en las tesis suscritas por A. Powell (*BICS* 26, 1979, 45-50). En cuanto a su ideario político, Cawkwell niega que el historiador de origen tracio fuera un oligarca moderado por su supuesta admiración por la Constitución de los Cinco Mil, pero tampoco un seguidor de Pericles, como se desprende del Discurso Fúnebre, sino un defensor de la *arche* ateniense y en consecuencia de aquéllos que coadyuvaron a forjarla y a fortalecerla, desde Temístocles a Pericles; en

este sentido Tucídides sería demócrata en la medida en que con este régimen podían emerger con mayor facilidad estadistas de talento para el gobierno de la ciudad.

Metodológicamente Cawkwell elogia la incesante búsqueda tucidídea de la verdad en los hechos que narra y la ciclópea tarea de recopilación, selección y revisión de sus fuentes que implica, pero advierte que algunas sombras se ciernen sobre su relato, arrojadas por los nuevos descubrimientos epigráficos —que, sin embargo, por ahora están lejos de ser concluyentes— y por hipotéticas omisiones y deficiencias como la escasa relevancia de los demagogos, la sobriedad en la información sobre los mecanismos de funcionamiento del imperio, desatención a los asuntos religiosos, etc., todos los cuales pueden explicarse, bajo mi punto de vista, por los presumibles conocimientos de su audiencia y por la necesidad de centrar su atención en la guerra en sí, el conflicto de poder entre los dos *hegemones* y las consecuencias sociales que llevaron aparejadas, tanto en estas potencias como en otros estados menores. No hemos de olvidar que Tucídides no pretendió escribir una historia social, cultural, religiosa o económica del mundo griego, por lo que debemos considerarnos privilegiados por alcanzar a entrever una realidad parcial sobre estos aspectos en el curso de su narración. Mayor énfasis pone Cawkwell en su crítica a Tucídides por no prestar la atención que merece a la interferencia persa en los asuntos griegos antes y durante el conflicto, hasta el punto de tildar de «escándalo» esta omisión; expresa, además, dudas acerca de la capacidad y experiencia militar del historiador en la valoración de determinadas situaciones estratégicas o de los hombres que las pergeñaron. Todo ello le lleva a considerar que la *Historia* de Tucídides fue sólo en cierto sentido *ktema es aiei*, «una adquisición para siempre».

El segundo capítulo aborda el siempre controvertido tema de la *aletheiate prophasis*, «la más genuina causa» de la guerra, el temor espartano al crecimiento del poder ateniense, en relación —que no oposición— a las *aitiai* o «causas inmediatas». La literatura que ha generado es abundantísima, sea en el plano dialéctico o semántico, sea en el puramente histórico. En una línea de pensamiento que resulta coherente y plausible, Cawkwell rechaza que Tucídides variara su opinión e introdujera la primera formulación más adelante *como rectificación*, sino *como precisión* a su primitiva narración, ya una vez finalizado el conflicto y con una visión global sobre el mismo. Al mismo tiempo, Cawkwell ratifica el buen criterio de Tucídides al designar el miedo espartano como razón esencial del estallido de la guerra tras un examen, tal vez coloreado en exceso, de la impotencia lacedemonia ante la imparable *dynamis* ate-

niense –no sólo política, sino económica, cultural, etc.–, desde las guerras médicas.

Por otra parte, resulta demasiado aventurado suponer, como hace Cawkwell, que una cláusula de la paz de los Treinta Años contemplara la regulación del uso del mar amparándose exclusivamente en diversos pasajes tucídidos en donde una sola nave extranjera es admitida a puerto para evitar el estado de guerra; esta restricción no es otra cosa que una habitual disposición del derecho de gentes helénico adoptada por estados neutrales en su relación con otros inmersos en un conflicto (véase p. ej. V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso*, Madrid 1987 y R.A. Bauslaugh, *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, Berkeley 1991). Aquí, como a lo largo de todo el libro, Cawkwell trata persistentemente de eximir a Pericles de toda responsabilidad en la apertura de las hostilidades y por ello intenta refutar arduamente los argumentos de E. Badian (*From Plataea to Potidaea*, Londres-Baltimore 1993, 125-162) en cuanto a la agresividad de la política periclea y la connivencia de Tucídides al disfrazar y manipular el recuerdo de los hechos. La propuesta de Cawkwell entronca con la vía de investigación de G. de Ste. Croix, cuyo análisis de la política interna y externa en Esparta en su reconocido *The Origins of the Peloponnesian War* (Londres 1972) le llevó a concluir que fue ésta la que buscó frenar el creciente poderío ateniense y sólo podía hacerlo de una forma, con la guerra, si bien para Cawkwell no fue obra únicamente de la facción belicista espartiatá en el poder, sino de que hubo una práctica unanimidad en el seno de la Asamblea de *homoioi*.

El capítulo 3 comienza con las estrategias respectivas de Atenas y Esparta para la guerra, de todas conocidas, poniendo el acento en la importancia de la financiación persa, para lo cual Cawkwell desarrolla ampliamente las maniobras diplomáticas de los sátrapas Tisafernes y Farnabazo, así como del *karanos* Ciro el Joven, hasta que por fin la ansiada ayuda persa se materializó. Como única alternativa a la búsqueda del oro persa por parte ateniense, el A. coloca a Demóstenes, a quien considera un auténtico profesional de la milicia, el general más audaz e innovador de la guerra (a este respecto véase la reciente monografía de J. Roisman, *The General Demosthenes and his Use of Military Surprise*, *Historia* supl. 78, Stuttgart 1993), pero cae de lleno en el terreno de la especulación cuando ve en él a un precursor de Epaminondas en cuanto animador del nacionalismo mesenio; Cawkwell asegura que el peligro para Esparta no residía en los hilotas, sino en los mesenios sometidos (pág. 52), sin tener en cuenta que la mayor parte de los hilotas tenían este origen y sólo

una minoría eran laconios. Ciertamente Demóstenes es la antítesis de Nicias, pero también de Pericles, ya que su actividad militar, desplegada en diversos frentes, y la segura asociación que mantuvo con el demagogo Cleón según Cawkwell, coincide con el período de vorágine bélica abierto en Atenas tras la muerte en 429 de su Primer Ciudadano. De este modo, Cawkwell se distancia del juicio de Tucídides, que en un famoso pasaje (II,65,7) inusual por la vehemencia de su testimonio personal, culpa a los sucesores de Pericles de la derrota y la ruina de Atenas.

Enlazando con lo anterior, el capítulo 4 se consagra por entero a los llamados demagogos radicales (Cleón, Hipérbolo, Cleofonte, etc.), quienes adolecen a los ojos de Tucídides de las virtudes y la sabiduría política necesaria para recoger el legado pericleo. La personalidad y actividad del más persuasivo y mordaz, a la vez que el más influyente, de todos ellos, Cleón, es examinada con detalle por Cawkwell para llegar a la conclusión de que Tucídides no se mostró parcial e injusto con él, obviando sus logros y exagerando sus fracasos por su presumible responsabilidad en el exilio del historiador (según planteaba Woodhead en su polémico artículo en *Mnemosyne* 13, 1960, 289-317), sino que, si su juicio fue negativo, se debe a que pensó que la línea política que representaba Cleón era perjudicial para Atenas. El caso de Cleón no sería diferente a los de Pericles, Nicias o Alcibíades, quienes son introducidos —a veces en dos ocasiones— mediante comentarios del propio Tucídides, con lo que podemos decir que Cawkwell recupera las ideas sugeridas por B.X. de Wet (*AClass* 5, 1962, 64-68) en cuanto a que la presentación de Cleón se ajusta por entero al método tucidídeo. Para Cawkwell esta valoración puede ser errónea, pero no consecuencia de prejuicios personales.

Con el capítulo 5 nos sumergimos en las expediciones atenienses a Sicilia de 427 y 425, estudiadas en el marco de la historia siciliota del siglo V. Aquí Cawkwell justifica la renovación de las alianzas atenienses con Regio y Leontinos en 433/2 como una precaución de Pericles, una forma de «mantener distraída» a Siracusa y que ésta no llegara en ayuda de los peloponesios; sin embargo, la historia de la gran colonia corintia tiene vida propia y discurre bastante al margen de la de la Vieja Grecia y de los conflictos que la asolaron (guerras médicas, primera guerra peloponésica, guerra arquidámica, etc.) hasta que fue objeto de agresión directa por Atenas. De hecho, en una contribución fundamental, I. Moxon (*Mnemosyne* 33, 1980, 288-298), demostró suficientemente que las ciudades dorias italiotas y siciliotas no mantenían vínculos de alianza con Esparta y la liga del Peloponeso y sólo avanzada la guerra fueron realizados los correspondientes *spondai* que sancionaban su participación en

la misma. Además, el argumento étnico del que hace uso Cawkwell responde más a consideraciones propagandísticas que reales y esconde la auténtica primacía de las relaciones de fuerza (cf. *inter alia* J. de Romilly, *Thucydide et l'impérialism athénien*, París 1951 y É. Will, *Doriens et ioniens*, París 1956). En suma, no resulta convincente el intento de Cawkwell por restar fuerza a la tesis de que las diferentes intervenciones atenienses en Occidente fueron aventuras esencialmente imperialistas producto de la *ischys* y la *pleonexia* inherentes al carácter mismo de la *polis* ateniense.

En cuanto a operatividad y perspectiva de triunfo, para Cawkwell Tucídides fue crítico con la magna expedición siciliana de 415-413, pero no veía mal una más reducida de sesenta naves con objetivos más limitados —como fue pensada en un principio—, que hiciera frente tan sólo a Siracusa y Selinunte y no pretendiera dominar la isla. El historiador ático, prosigue Cawkwell, pensaría que Alcibíades era el *prostates* ideal para esta empresa porque su estrategia consistía en explotar al máximo las contradicciones sociales y raciales en el seno del estado siracusano, principalmente entre los *gamoroi* descendientes de los primeros colonos griegos y el grueso de población sícula sometida. Pero, una vez frenado el imperialismo siracusano, las ciudades no dorias como Regio, Leontinos o Egesta no requerían ya de la presencia ateniense y eso explica el acuerdo pansiciliota alcanzado en el Congreso de Gela en 424.

En la parte final de este apartado Cawkwell analiza el discurso de Alcibíades en Esparta, el más susceptible de todos los discursos de ser totalmente inventado, ya que los consejos sugeridos por Alcibíades —prestar decidida ayuda a Siracusa, fortificar Decelia y reanudar la guerra en Grecia— era obvios y sólo sirven para remarcar la vileza y la traición del estadista ateniense hacia su *polis* natal. Esta imagen de Alcibíades contrastaría poderosamente con la emanada del libro VIII, donde aparece como el único capaz de salvar a Atenas del desastre, lo que lleva a Cawkwell a pensar que Tucídides modificó su percepción personal de Alcibíades a medida que transcurría el conflicto y al final del mismo introduciría el famoso *postscriptum* de II,65,11, donde señala que fueron las disensiones internas entre los líderes atenienses —que tuvieron como corolario el exilio de Alcibíades y su posterior juicio *in absentia*— las causantes del desastre siciliano.

Ciertamente, en Alcibíades se combinan talento y brillantez política y militar con un carácter inconsistente y amoral, con rasgos despóticos que representan el imperialismo más descarnado; su ambición personal necesitaba del disfraz democrático para desarrollar su fulgurante carrera

pública en una Atenas que había otorgado a la masa popular un nivel de autogobierno hasta entonces insospechado. Precisamente el *demos* ático recoge esta dualidad de Alcibíades al concederle un poder por encima de sus colegas estrategos, en la necesidad de un líder fuerte, pero al mismo tiempo coarta sus acciones por el recelo, siempre presente, de que ese excesivo poder le convierta en *tyrannos*. Tucídides sin duda no fue ajeno a esta imagen pública de Alcibíades, que él mismo pudo contrastar en sus presumibles encuentros con él en el Quersoneso tracio, estando ambos exiliados de Atenas (en el caso de Alcibíades por voluntad propia tras su derrota en Notio), para verter el resultado final a un texto que, por las razones expuestas, aún y contempla las diferentes facetas, positivas y negativas, del Alcmeónida y el *nautikos ochlos* que le apoyaba y temía.

Con su artículo en la revista *Historia* (3, 1954, 1-41) sobre el carácter del imperio ateniense, donde defendía que éste gozaba de amplia aceptación entre las capas bajas de las sociedades aliadas, G. de Ste. Croix dio inicio a un caluroso debate en torno a la popularidad de la hegemonía ateniense entre el *demos* de los estados miembros de su liga. En el capítulo 6 Cawkwell parte de la tesis del historiador británico para, sin rechazarla tajantemente, concluir que esa «popularidad» consistía, en todo caso, en adoptar la opción menos mala; pero «*empire is always empire*» (pág. 106) y difícilmente sus manifestaciones más claras (exigencia de tributo, prestaciones militares, administración de justicia, cleroquías, etc.) pudieron ser vistas con agrado por sus súbditos. Sin embargo, previamente Cawkwell había matizado esta aseveración observando que, excepto en ocasiones de conflicto, estas cargas distaban mucho de ser insoportables. Así, Cawkwell no parece valorar suficientemente el anhelo de libertad de los griegos, o más bien lo sacrifica dejándolo caer en lo que denomina «*the dark side of the system*», alegando al mismo tiempo que Esparta no se comportaba de manera distinta; no podemos olvidar que en general no hablamos de contribuciones no voluntarias por parte de los aliados, sino fruto de la coerción aplicada por el *hegemon* de la liga, que no admitía escisiones o resistencia a su autoridad.

El cuerpo principal del libro se cierra con tres apéndices referidos a sendas cuestiones sometidas a permanente debate. En el primero de ellos, Cawkwell contesta los recientes argumentos de L. Kallet-Marx (en *CQ* 39, 1989, 94-113, que a su vez desenterraba parcialmente los de C.W. Fornara en *GRBS* 11, 1970, 185-196) para retrasar los decretos financieros de Calias a 430/29 y 418 en favor de la fecha tradicional de 434/3, una vez adoptada en Atenas la decisión de firmar la *epimachia* con Corcira que propició el advenimiento del conflicto. Puesto que, como es

conocido, estos decretos creaban en la Acrópolis un fondo de reserva de mil talentos para futuras contingencias, que naturalmente se asocian con el previsible conflicto con Esparta, la datación tradicional que defiende Cawkwell –y que hemos de reconocer como la más lógica y fundamentada– es crucial para determinar la posible responsabilidad del conflicto y la idea de que éste era sentido como inevitable.

De no menor complejidad son los decretos megáricos, que Cawkwell discute en el segundo apéndice, en esta ocasión con las interrogantes, añadidas a la de su fecha de emisión, en torno a su número, naturaleza y finalidad. Cawkwell interpreta el decreto megárico –aceptando, según defendió ya en *REG* 82 (1969) 327-335, el testimonio de Plutarco que lo diferencia del llamado decreto de Carino, destinado a castigar el asesinato del heraldo ateniense Antemócrito por los megarenses– como un medio económico para lograr un fin político: apartar a Mégara de la alianza peloponesia e incorporarla a la délica, como sucediera en la primera guerra del Peloponeso; en este sentido, el decreto megárico no sería una *provocación*, sino una *precaución* de Pericles. De esta forma, Cawkwell se desmarca de la opinión mayoritaria entre los estudiosos, que hace de los decretos un acto de agresión tanto político como económico –para muchos desproporcionado o injustificado– y un *casus belli* para los peloponesios, cuya importancia real fuera tal vez silenciada por Tucídides para eximir de culpa a Pericles. Es necesario acudir, pues, a los testimonios de Aristófanes y Plutarco, que también han sido puestos en tela de juicio: el primero, porque la comedia ática puede y debe exagerar situaciones en su objetivo de divertir, de modo que hay dudas sobre si los megarenses hambrientos que pone en escena Aristófanes son fieles a la realidad; el segundo, porque se ha sugerido (principalmente por W.R. Connor, en *AJPh* 83, 1962, 225-246 y en *REG* 83, 1970, 305-308) que Plutarco confunde el decreto megárico con una disputa de *hiera orgas* entre Atenas y Mégara de 350/49.

En un tercer apéndice que hunde sus raíces en las manifestaciones del imperialismo previamente discutidas en el capítulo 6, Cawkwell se centra en el servicio militar prestado por los aliados en la liga délica, que piensa fue regular –aunque en proporción mucho menor que la prestación exigida a los propios ciudadanos atenienses–, organizado por distritos geopolíticos y generalmente con objetivos secundarios –como la supervisión del área–, que sólo eran perturbados por la obligación de colaborar en la supresión de revueltas. La paz de Calias sería, en opinión de Cawkwell, el punto de inflexión a partir del cual se sientan las bases de esta reorganización de las prestaciones militares aliadas.

A modo de conclusión podemos decir que el libro de Cawkwell, sin realizar notables aportaciones, ya que las hipótesis o puntos de vista verdaderamente originales no reciben una argumentación consistente, enriquece y reaviva la reflexión historiográfica entablada desde el siglo XVIII acerca de la figura de Tucídides, así como de la magnitud e influencia de su obra.

